

Capítulo N^o 5

De aprendiz a medio oficial

Brayan se levantó aproximadamente dos de la tarde, tomó el celular y le mandó mensajes a un par de números que creía eran de alguno de sus compañeros.

Tenía que empezar a entregar los trabajos, en un instante le llegaron cincuenta mensajes con imágenes, lo agregaron a un par de grupos de *whats app*, más ejercicios, explicaciones escritas y con audios, cuestionarios y resúmenes de cinco materias distintas, no entendía absolutamente nada y ni se molestó en intentar leerlos, eran demasiados.

Después le pregunto a alguno de los pibes, “seeee... al Tabo”, se dijo, encogiéndose de hombros.

Es que el Ferchu y el Colo, a los que sí consideraba amigos de códigos no eran de su curso, y tampoco les ponían demasiado empeño a los asuntos escolares.

Salió de su casa, tenía apetito como todos los días de su vida, sensación tan suya y desde cuna que ni se percataba que era hambre. Tomó su pasillo, el silencio sepulcral y pesado invadía el barrio, un patrullero iba y venía ante la mirada perpleja de algunos e impávida de otros. Nunca habían visto pasar tantas veces un móvil policial despacio y sus agentes saludar cordialmente. Era algo inédito en esos parajes inexplorados para la mayoría de los observadores desde afuera que desprovistos de toda realidad dejaban volar su imaginación guionada de ciencia ficción y macabro terror.

Quería ver a alguno de sus amigos, caminó por la calle que iba desde la avenida al fondo y encaró la avenida, un poco ocultándose con el barbijo que le había regalado la Moni, al que llevaba en la mano. Era un páramo, desolada la avenida que por la falta de vehículos hasta se dejaban escuchar los pájaros de los árboles que cubrían la vereda de la villa, como cortinaverde de hojas de sauces tristes, estratégicamente dispuestos en vano intentaban ocultar la verdadera tristeza. Y de pronto, allá en la vereda de enfrente la vió, “sí, es ella”, se dijo.

Era la niña que había visto el primer día de clases, la del cabello de oro que se reflejaba al sol.

Fue instintivo, cruzó la avenida en diagonal como quien cruza la playa para arrojar al mar, actuó por instinto. Ella astuta lo vió venir y de inmediato lo reconoció. Cuando tarde él dió cuenta que ella advertiría que salía de la villa.

—¡Qué hago! —Se dijo—. ¡Qué hijo de puta soy, pero que pelotudo!

Estaba a metros de ella, no había forma de disimular.

Pero fue ella la que ocultó el haberse percatado su trayectoria y procedencia. Además de fingir que se había fijado en él en aquel inicio de

clases, le habían fascinado sus ojos marrones, mirada triste y esquiva. Y como buena mujer lo había estudiado de pies a cabezas, por eso no se asustó ni sorprendió al reconocerlo que se acercaba corriendo.

—Hola. —Él le dijo como si nada.

—Hola. —Le contestó ella—. Te vi en la escuela.

—Sí... —dijo Brayan.

—¿Hiciste las tareas? —Preguntó ella.

—Sí... no. Más o menos. —Él, muy titubeante.

—¿Entendiste lo de geografía?

—No. —Respondió.

—Me encanta la geografía, algún día voy a viajar. ¿Vivís por aquí? — Ella se dió cuenta de su pregunta descortés y se apenó. De inmediato y sin darle tiempo a ponerlo en evidencia le agregó—. Voy a la casa de mi abuelo a ver que necesita.

—Ummm....

—Tenés celu —Ella.

—¡Tengo celu!

—Sí, te vi en un par de grupos, te pongo en el grupo que estoy yo, el de los profes no sirve. —Ella.

—Dale...

Llegaron hasta la puerta de la casa del abuelo, era una de las casas grandes con dos locales abajo. Tan cerca estaba y tan lejos, miró hacia la planta alta y pensó que era muy alta, inalcanzable... Eran los locales del comercio de repuestos de autos y la ferretería industrial, observó él.

Ella tocó el timbre y él se quedó quieto, observaba el frente alto y enorme con lajas y luces cuales muros de Jericó no habría nada que los derrumbara.

—Me llamo Dalma. ¿Vos?

Miró para abajo, le daba vergüenza mirarla, él estaba con la ropa sucia y rotosa. Ella inmaculada.

—¿Y...? —Ella.

—Brayan.

—“*Brian*”. —Le responde ella.

—No, me dicen Brayan.

—Ah, bueno. Entonces Brayan.

El abuelo le abrió la puerta, lo miró de arriba abajo, no hizo falta preguntarle de dónde venía, intentó sonreírle pero el asco pudo más y se le marcó en su roja piel irlandesa. Mientras le dió un beso a la nieta, él con barbijo, ella para besarlo no se lo quitó.

El tipo ni lo saludó y Brayan tampoco. “Para qué?” pensó.

Entraron y el hombre viejo cerró primero una puerta de rejas y luego la de madera.

—¿Compañero de tu escuela?

—Sí, abue...

—Le dije a tu madre que te mande a una escuela privada...

Brayan corrió cruzando la avenida hasta la calle principal y a paso ligero se dirigió hasta la plaza. A media cuadra antes se cruza con el Ferchu que venía con un porro y un tetrabric de un vino tinto. Y en la esquina gira el Menchu que venía caminado.

—Hoy salimos, venite. —Mirando al Brayan y sin detenerse.

—¿En el auto de ayer? —Brayan.

—No, ese ya fue, estaba caliente y eso que Marito le saca esa mierda que te sigue.

Brayan no hizo comentarios, no sabía de qué hablaba.

Siguieron caminando despacio y al llegar a la plaza estaban el Colo y el Pelado estratégicamente escondidos entre un gran jacarandá y la estatua del General Belgrano. Fumando porro y tomado vino de tetra y esta vez poniendo otra bebida blanca que habían conseguido en un envase de gaseosa mal cortado a la mitad. El Colo fumaba porro desde los siete años, para él no había nada nuevo.

La plaza es el lugar del encuentro de varios grupitos de pibes, varones y mujeres de distintitas edades, que como engranaje no se cruzan ni molestan.

La placita, como le decían los más jóvenes tuvo originalmente como nombre “General Belgrano” allá cuando se fundó el barrio a finales de los años cincuenta y era habitado solo por provincianos. Pero a principios de los setenta se lo llamó Evita, y en los ochenta general Roca y fueron llegando paisanos de países limítrofes. Y por último en el dos mil tres en adelante Tupac Amarú. La cuestión es que nadie ya recordaba cual era el nombre, algunas le decían Evita y otros Belgrano por reconocer el irreconocible rostro del creador de la bandera Argentina. Pero para la mayoría era “la placita”.

Sentados en la tierra y cubiertos más aún por los pastos altos los cuatro amigos sacaron sus cigarros se pusieron a fumar y tomaron el cóctel que al mejor barman debería hacer un curso por sus proporciones y por otras sustancias agregadas por el pelado.

—¡Brayan! —En grito. Era su hermano Carlos.

Brayan se quedó tieso.

—¿Quehacé aquí. —Carlos. Haciéndose cargo de la escena que veía.

No lo dejó contestar—. Cuchame, mañana voy hacer una changuita arreglando un baño. ¿Queré venir? Yo te pago.

Ni miraba a los otros tres, y estos como si ni estuviera.

—Lo pienso. —El Brayan.

—Vení ahora y te digo, dale.

—No, ahora no puedo.

El Carlos se quedó mirando unos segundos y se fue caminado despacio y preocupado por el hermano. Cuando llegó a la casa se encontró con su hermanastra Mónica y ya desde afuera escuchaba como la madre la insultaba y le decía que vaya a trabajar.

Se encuentran en el pasillo.

—No entiendo cómo te la bancas. Carlos.

Ella se hecha a llorar.

—Ya me voy a ir. —Se abrazan.

—Vení. Vamos para afuera. —La abrazó y la consoló.

—Ya nos vamos a ir y nos vamos a llevar a Brayan.

—Y se sentaron en el final del pasillo a la salida que daba a la calle. No había donde ir, ni tenían donde ir...

A la nohcecita, en la puerta del pasillo esperaba al Chungo pero pasó el Menchu y le dijo. —Hoy se cortó.

—Ni preguntó por qué, en estos códigos mucho no se habla.

—Baaaaa, chamuyo... —Se dijo.

Hizo tiempo para ir con el tío, dio vueltas entre el pasillo, la avenida y la puerta de su casa. Pero no entraba. ¿Qué iba a hacer adentro?

Al rato vió que se aproximaba el tío en el carro y como las últimas veces se dirigieron estratégicamente a los lugares donde más cartones y envases había, una hoja de ruta perfecta y bien guardada en el *google maps* o mejor dicho “guía Filcar mental” del tío.

En el medio de la caminata, bajo un calor y humedad que resistían al paso del otoño, se largó a llover, típico aguacero del declive climático.

Algunas calles más bajas comenzaron a inundarse para el desagrado del zaino que no tardó tiempo en demostrar su disgusto.

Y sin darse cuenta, mal metido en una calle con mucha agua se le rompió la bolsa de tela plástica que llevaban colgando atrás desparramando la mayoría de los cartones. El tío se tiró a la piscina improvisada de agua marrón llena de mugre por las cloacas para recuperar los cartones que navegaban entre torbellinos y bocas de tormenta. Brayan también se tiró, intentó tomar algunos, pero se les escapaban, parecía que esos cartones desgraciados tuvieran vida propia. Cada vez más subía el agua y en eso se cortó la luz. Ya no había nada que hacer. En vano tanto esfuerzo, volvieron a la villa sin nada en las manos y con una de las patas del zaino viejo lastimada.

—Mala noche. —Dijo en vos baja el tío.

Y bueno... todo buen comerciante sabe de las vicisitudes de un emprendimiento empresarial...

Al otro día Brayan se levantó temprano con Carlos, fueron a trabajar, la casa quedaba a unas tres cuadras de la villa, cuando entró era una casa común típica clase media rasguñando, mientras el hermano trabajaba, él observaba con disimulo mientras le alcanzaba alguna herramienta. En realidad, contabilizaba casi en actitud de auditor, tres televisores, una compu, otra que parecía un libro arriba de una mesa, todo a mano.

La dueña de casa una señora de unos cincuenta años común a cualquier otra mujer, bonita y arreglada. Brayan vió unos cuadros raros, solo algo escrito que decía ingeniero y el otro decía bioquímica.

En eso llega el marido en un BMW de diez años, y había otro Renault estacionado en la cochera. Para el Brayan estaba todo más que claro, esa gente tenía dinero, mucho dinero. Dos hijos que trabajaban y estudiaban en silencio con la compu. Uno frente a otro, él con la compu grande y la de la piba parecía un maletín.

Todos reían, se los veían felices, Brayan no lo entendía.

—Voy a llevarle comida a la abuela. —Dijo el joven.

La madre preparó una vianda.

Sintió odio a todo lo que vió, sintió envidia, bronca. Se mordía los dientes, los miró con desprecio. Su ropa, su aroma, su prolijidad. ¿Por qué él no? ¿Por qué tanta diferencia? ¿Qué había hecho él mal? La madre le da un beso al hijo y el padre también, y al salir no sólo lo acompañó hasta la puerta, le dijo “cuídate”.

No recordaba que su madre le haya dado un beso, y no sabía por qué no conocía a su padre.

Esa felicidad desmedida... ellos se besaban...

Transpiraba en sudor su desprecio hacia esa gente...

¿Por qué le llevaba comida al abuelo?

Estos gatos tienen guita, tienen casa, auto y compu. Y el viejo debe vivir solo.

Era una forma de hacer merito con Chungo, era información valiosa, el Brayan estaba aprendiendo.

Esa noche luego del trabajo y de que el hermano lo felicitara, más una paga mínima no quedándole nada a Carlos, ni para cigarrillos, el Brayan se fue hasta la esquina a esperar a los muchachos, salieron con otro auto, pero primero fueron a ver a un tipo, lejos, como media hora de viaje, con las luces apagadas para que la poli no los viera.

En un maravilloso chalet sale un médico, típico, chaqueta blanca y corta igual a la del mozo del bodegón y un estetoscopio como si terminara de ocultar a la muchacha.

—Necesito a uno... Le dijo en vos baja, pero se escuchaba dentro del auto.

—No puedo pasar bajo la autopista. —Dijo el Chungo.

—Es urgente, para vos cien mil.

—Mucho dinero debe ser, se dijo el Brayan.

—No más de cinco, más no me sirve, le dice el médico.

No supo de qué hablaban y tampoco le interesó.

La vuelta fue tranquila, mientras venían un par de imprevistos que deambulaban en plena cuarentena, pararon el auto, pistola en mano, robaron mochilas. Único interés; billetera, llaves y dinero.

Ya en la casa durmió y a la mañana lo despertaron unas voces. Otra vez aparece Sara con comida para su vecina, y Elsa como siempre sentada frente a la tele.

—Chevo, Sara. —Sin saludar—. ¿Tus hijos cobran todos los planes?

—Ay, sí, Elsa, por su puesto.

—¿Ves? Ni te digo yo. Estos hijoeputa no saben hacer nada. ¿Y decime vo che, cuánto cobran cada uno?

—Ay, ni idea Elsa, yo no tengo las tarjetas, las tienen ellos y Sabino los ayuda.

—Ay, dale, Sara...

—No, en serio, si no fuera por esa ayuda, Gladis no podría estudiar medicina y Roberto no se hubiera recibido de abogado.

—Vos so una boluda Sara.

Sara se dió medio vuelta, dejó la comida y la saludo afectivamente sin hacer ningún tipo de comentarios.

Otra noche que no saldría con el tío. El viejo zaino estaba muy lastimado. Ya oscureciendo se cruzó con el Menchu y le contó de la casa mientras le daba detalles de puertas y ventanas, los autos y de su gente. Estaba haciendo mérito, quería pasar de aprendiz a oficial de apoco para llegar a profesional. Brayan había entendido cómo es el mundo laboral. En una clara demostración de meritocracia tan sostenida por cierta clase social Argentina, el pibe demostraba empeño y lo ponía en práctica. En eso ve pasar al papá del Tabo con su bebé en brazos.

—¿Qué hace don...?

—Hola Brayan, escuchame. ¿Querés venir a trabajar? Mirá, Tabo va de mañana y a la tarde estudia, se pueden turnar con vos.

—Ni daaaa.

El hombre sonrió como entendiendo y siguió su camino.

Esa noche fueron a “trabajar” a otra casa. Estaba vacía, porque ya había sido marcada, cercana a la villa a unas veinte cuadras, ya canchero Brayan entró con ellos.

Salió un tipo de atrás, desde un quincho a oscuras y a los tiros, todos corrieron hacia la vereda saltando la reja, tomaron la calle hacia el norte, rauda el auto los alcanzó, pero el Brayan tardó en saltarla.

Corrió desesperado tras el auto que, con las luces apagadas, dobló en la esquina desapareciendo en la oscuridad.

En eso sonó la alarma vecinal, al llegar a la esquina dos vecinos lo agarraron, luego otro se le tiró encima y le pegó una patada en el estómago.

—Negro de mierda, te vamos a matar.

—Hijo de puta, chorro de mierda.

—¡Morite, morite. Matalo, matalo! —Una piba de unos veinte años.

Un joven los detuvo.

—Dejalo, basta, vamos a ir en cana, que se lo lleve la policía.

—Lo van a dejar libre. —Otro.

—Estas ratas entran por un lado y salen por el otro.

—Hay que matar a estas lacras. —Un gordo con una escopeta.

Pronto llegaron tres patrulleros, luces azules por todos lados, parecía navidad, dos salieron a buscar al auto.

Y ahí se lo vio partir al Brayan en la parte posterior de la patrulla con tres policías, aterrorizado de lo que le fuera a pasar.

Continuará.

Todos los derechos reservados. Quedan totalmente prohibida la reproducción parcial o total de este libro, o de sus imágenes, o de su incorporación a cualquier sistema informático, o su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea estemecánico, electrónico, por fotocopia, grabación u otro medio sin el permiso previo porescrito del titular del copyright. (Derechos de autor). Número de registro Ex-2021-06232522- -APN-DNDA#MJ

Este relato mensual de doce capítulos es solo una ficción, cualquier parecido con la realidad de hechos o personajes es pura coincidencia.